



Alicia Salinas Álvarez

Susurros Ancestrales

ILUSTRACIONES
Carolina Monterrubio



Planeta  Sostenible





Alicia Salinas Álvarez

Susurros Ancestrales

ILUSTRACIONES
Carolina Monterrubio

SUSURROS ANCESTRALES

Textos de Alicia Salinas Álvarez

Ilustraciones de Carolina Monterrubio

1ª edición, marzo de 2022

© 2022 Alicia Salinas

© 2022 Carolina Monterrubio

Diseño: Alejandra Figueroa

Corrección de textos: Francisco Fabres

Corrección de pruebas: Juan Fonseca

Impreso en Chile, en los talleres de
Láser Impresores

ISBN: 978-956-6154-23-5



Planeta Sostenible

ÍNDICE

5

PRÓLOGO

6

El mal de la tristeza.

Relato zapoteca, México
PUEBLO ZAPOTECA

12



Camino a Xibalbá.

Relato quiché, Guatemala
PUEBLO MAYA-QUICHÉ

16

Árboles de la frontera.

Relato awá, Ecuador / Colombia
UN PUEBLO EN LA FRONTERA

20

Con traje de hoja.

Relato rarámuri, México
PUEBLO RARÁMURI



24

Los amigos del sol.

Relato amazona, Brasil
LA AMAZONÍA, UN HOGAR ANCESTRAL

28

El tigre y el fuego.

Relato guna, Panamá
COMARCA GUNA YALA



34

Yerba mate.

Relato guaraní, Paraguay
PUEBLO GUARANÍ

40



Antes.

Relato quechua, Chile
LOS MUNDOS QUECHUA

44

Sobre la tierra.

Relato taíno, Antillas
TAÍNOS

48

La mujer tatuada.

Relato moche, Perú
MOCHE DE PERÚ



52

Malos espíritus.

Relato nahua, México
LA DUALIDAD DE LOS NAHUA

57

Bibliografía consultada

59

Sitios web consultados

PRÓLOGO

Cae la noche, estamos sentados junto al fuego calentándonos las manos heladas, un silencio cálido da paso a la voz de la abuela narrándonos una historia que nos envuelve y nos sumerge en otros mundos, en otros tiempos, llevándonos tal vez a recorrer los caminos que pisaron nuestros antepasados, forjando la sabiduría de un pueblo, de mi pueblo, de tu pueblo.

Cuánta sabiduría, cuánto conocimiento acerca de este mundo y de los otros mundos hay en los relatos orales, esos que pasan de boca en boca, que se transmiten de generación en generación. Se nos aprieta el corazón al preguntarnos cuántos de nuestros niños y niñas de esta época tendrán la posibilidad de vivir esa experiencia... junto con la ineludible respuesta a esta pregunta, escuchamos con fuerza los Susurros ancestrales, que nos permiten acercarnos a los pequeños a esa vivencia.

Este libro nos trae, como un regalo, cuentos que probablemente han escuchado junto al fuego niños y niñas de diversos pueblos originarios, habitantes de nuestra América desde mucho antes de la llegada de los conquistadores. Estos relatos, recontados por Alicia Salinas Álvarez e ilustrados por la artista mexicana Carolina Monterrubio, nos hablan de las distintas sabidurías, de las diversas formas de interpretar el mundo y sus misterios, develándonos la maravillosa diversidad de este continente del cual somos parte.

Los cuentos no solo sirven para entretener a los más jóvenes de la casa, si no también transmiten enseñanzas para la vida que quedarán alojadas en algún lugar del alma. Y con el paso del tiempo, mucho después incluso, aflorarán como un torrente cuando sea necesario, cuando llegue el momento preciso, ayudándonos a comprender y a encausar nuestra voluntad. Susurros ancestrales es una invitación a reunirse alrededor de ese calor del hogar, en silencio, para entregarse a un viaje por los mundos de América, encontrándonos con nuestros hermanos diversos, para conocernos, aceptarnos, respetarnos y cuidarnos.

Paloma González Muñoz
Directora Planeta sostenible

El mal de la tristeza

Relato zapoteca

MÉXICO

Todo se hallaba inmóvil en ese instante. Nadie imaginó que *el mal de la tristeza* atravesaría el tiempo de la lluvia. Nayeli, que había nacido en tierra zapoteca, lo había soñado y, como siempre, este sueño fue tan real como los anteriores. *El mal de la tristeza* atravesaría al sol y a la luna, e iniciaría el camino por la tierra.

En el centro de la noche, que era donde habitaban los ancianos, los sabios y las madres que lloraban a los hijos huérfanos, vestidos todos de plumas de colores, pusieron voces en sus bocas y hablaron en la sombra.

—No es posible que las flores mustias permanezcan en los campos sin erguirse, ni siquiera cuando el sol ilumina con sus tenues rayos amarillos el suelo árido —dijeron las madres.

—No es posible que aún las almas no logren permanecer dentro de los cuerpos de los niños —dijo el anciano junto a Alba, la madre de Nayeli—. Las almas de los pequeños deben asirse a sus cuerpos —exclamó con energía.

Era *el mal de la tristeza* el que había encontrado lugar en tierra zapoteca.

Mientras, en la comunidad, sin siquiera advertir lo que ocurriría, de la noche a la mañana se pobló un espacio desierto y seres inmortales devinieron mortales. No obstante, el silencio de los árboles, el caudal de los ríos y las olas quietas en medio del mar auguraban la desgracia.

—Debía llover —dijeron los ancianos y las madres—. Hay que pedir a los seres del cielo autorización para entrar al paraíso del dios de la lluvia, en busca de ella.

Alba, que siempre supo de la existencia del libro manuscrito que guardaba celosamente su abuelo, decidió recurrir a sus páginas. Cada una de ellas explicaba los acontecimientos que Nayeli había soñado y lo que debía hacerse para dejar que *el mal de la tristeza* siguiera su trayecto hacia la nada.

Las indicaciones eran precisas; había que adentrarse en los cerros, porque ese era el lugar donde se guardaba el agua de los manantiales y habitaban, además, las deidades del viento. El manuscrito explicaba que había que entrar por un socavón y, para llegar hasta ahí, era necesario subir por dentro de la tierra hasta la cima de los cerros, donde se forman las nubes de agua. Sin embargo, no era fácil llegar, porque ese era el espacio que habitaban las serpientes.

La comunidad, al enterarse de la situación, envió a los hombres y mujeres más fuertes. Las mujeres que iban cargaron sus morrales con alimentos y yerbas medicinales. En medio del grupo caminaban Nayeli y su madre. La niña llevaba doblado en su bolsillo el sueño y la madre iba con el manuscrito abierto para no equivocarse de página. Agotados pero satisfechos, se adentraron por el socavón y lograron llegar a la cima. Las serpientes, recostadas al sol, no advirtieron la presencia de los visitantes.

Nunca se supo si Nayeli y su madre lograron salir, no obstante, al amanecer del siguiente día, la tierra amaneció húmeda, a los árboles y los campos los cubría una fina y copiosa lluvia y, casi al atardecer, un gran arcoíris adornaba el cielo con sus colores.

Desde lejos, un grupo de mariposas de tersas alas revolotearon atentas a las flores, que de a poco comenzaban a erguirse y a abrir sus pétalos al sol.





PUEBLO ZAPOTECA



Los zapoteca creían que procedían directamente del cielo y se llamaban a sí mismos “gente de las nubes”. Ellos consideraban que las huellas que dejaban los animales en los caminos cenicientos eran mensajes de protección simbólica, que enviaban a los recién nacidos.

En un principio se establecieron en el valle de Oaxaca, a kilómetros al sur de la ciudad de México. Su nombre significa “gente del árbol zapote”.

La lengua zapoteca es una de las más antiguas en Mesoamérica.

Actualmente existen alrededor de cinco variantes del zapoteca.

Comenzaron a escribir, es decir, a grabar textos en piedras, entre los años 400 antes de Cristo y el 900 después de Cristo. Su escritura consistía en registros epigráficos tallados en piedra. Desarrollaron un calendario y un sistema logofonético de escritura que utilizaba un carácter individual para representar cada sílaba del lenguaje. Este sistema de escritura es considerado como la base de otros tipos de escritura mesoamericanos desarrollados por los olmecas, mayas, mixtecas y aztecas.

Los zapoteca son descendientes de los cazadores y recolectores del periodo de la historia americana hacia el final de la última edad de hielo, quizá hace 12.000 o 15.000 años. Su modo de vida nómada y conformada por pequeños grupos de cuatro a seis personas, así como su alimentación basada en la caza y la recolección, se mantuvo durante miles de años.

En la actualidad, la mayor parte de los zapoteca son campesinos. Uno de sus personajes más conocidos fue el presidente de México, Benito Juárez, quien dirigió el país desde 1857 a 1872.

